

Ciclo A: V Domingo del Tiempo Ordinario

Rosalino Dizon Reyes.

Vosotros sois de Cristo (1 Cor 3, 23)

Por su vida y su mensaje, da a conocer Jesús que ser discípulo suyo quiere decir asistir a los necesitados. El cristiano que no les hace caso a los pobres es tan inútil como la sal vuelta sosa o una lámpara encendida, pero puesta debajo de una canasta.

El Maestro mismo es muy compasivo. Se conmueve al ver las multitudes angustiadas y abatidas como ovejas sin pastor. Por eso, sigue haciendo el bien: enseña en las sinagogas y anuncia la buena noticia a los pobres; sana toda clase de enfermedades y dolencias, así que los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan; arriesgando su pureza y reputación, trata amistosa y misericordioso a los tomados por pecadores y enemigos públicos; multiplica panes y pescaditos para no despedirles en ayunas a sus oyentes, no sea que se desfallezcan en el camino.

Así que Jesús demuestra que él es tanto de los pobres como del Padre. Y los que pretendemos ser discípulos debemos considerarnos tanto suyos como de los pobres y tener la compasión del Maestro. Ésta se manifestará auténtica y radiante mediante las maneras concretas de poner en práctica la instrucción profética: «Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo, y no te cierres a tu propia carne».

Se nos prohíbe ser «cristianos en pintura». Nos toca asistir de todas las maneras, de palabra y de obra, a los pobres, cuidándolos, aliviándolos, remediando sus necesidades tanto espirituales como temporales, y procurar que otras personas les ayuden asimismo. Descubriremos seguramente las maneras concretas propias de la compasión efectiva si nos mantenemos siempre sensibles a los impulsos del Espíritu y atentos a la indicaciones de la Providencia, preguntándonos una y otra vez: «¿Qué haría Jesús si estuviera en mi situación?».

Nuestra manera concreta puede ser tan fácil como el sí con sonrisa de un viandante, la cual calienta a un sin hogar temblando de frío en la calle, o tan difícil como el no rotundo de monseñor Schraven, C.M., y sus colaboradores, que dejó furiosos a unos abusadores. De todos modos, si de verdad amamos más allá de las palabras elocuentes y sabios, nuestro amor llegará a ser, por la gracia de Dios, tan inventivo como el amor del que se dignó darnos la eucaristía.

Y fortalecidos por el cuerpo y la sangre de Cristo, los que formamos la Iglesia seremos, durante nuestra peregrinación, como la sal que preserva y da sabor a la vida, o como la Ciudad Santa que, puesta en lo alto de un monte, no se puede ocultar.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)